

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

GRECIA Y LA CEE

Cuando el 29 de enero la Comisión europea dio a conocer que la petición de adhesión a la CEE presentada por Grecia el pasado 12 de junio había de sufrir una demora, hubo extrañeza y desconcierto en la opinión mundial. En efecto, desde que Constantino Caramanlis tomara el poder, Grecia había hecho todos los ejercicios democráticos requeridos para comparecer ante el tribunal comunitario. Es que la única condición para entrar en el Mercado Común no es política. Sin embargo, la Comisión no cerraba la puerta a la candidata. Se la abría, pero sin darle paso, por estimar que, pese a su incuestionable vestimenta democrática, no reunía las condiciones exigidas para el ingreso, aparte de plantear problemas a la Comunidad de no esperar el final de una etapa de asociación que data de 1962, con el paréntesis de la «era de los Coroneles» que llevó a Grecia a la picota. Uno de los problemas aludidos era integrar la agricultura griega a esa «Europa verde» que tantos quebraderos de cabeza ha originado, origina y originará, con Grecia o sin ella. Ahí no paraban las razones para que la Comisión pusiera en cuarentena la petición griega. Entre otras y extralimitándose una vez más de sus atribuciones puramente técnicas, la Comisión—compuesta por «eurócratas» en apelación del general De Gaulle—incluyó entre las condiciones a exigir que «la Comunidad presionara a Grecia y a Turquía para que llegasen a una solución justa en sus dificultades», o sea, en la cuestión de Chipre y acaso del mar Egeo. Finalmente, a Grecia, progenitora de todas las democracias habidas y por haber, se le aconsejó que consolidara la suya, estimada frágil. Como todos los esfuerzos no iban a estar a cargo de Grecia, la Comisión dictaminó que toda ampliación de la CEE debía acompañarse del reforzamiento de sus propias instituciones, que es precisamente la piedra con que tropieza la CEE.

El informe de la Comisión suscitó en Grecia indignación y airadas protestas, dándose por sentado que ese informe dilatorio era un medio

de coacción para que Atenas reconsiderase su retirada de la OTAN —aunque no del Pacto Atlántico— o, por lo menos, se ablandase en las negociaciones en curso sobre las bases norteamericanas en territorio heleno. Acto seguido, el 30 de enero, la Comisión desmintió haber intentado una vuelta de Grecia al sistema defensivo occidental, lo que sugiere que no era absurda la sospecha. Pero posiblemente más vale *no meneallo*.

Quien no se retrajo en *meneallo* fue Caramanlis. Reaccionó con suma violencia, argumentando que según el Tratado de Roma los motivos alegados por la Comisión para no admitir a Grecia en la CEE eran de todo punto inadmisibles. Sobre que toda la razón estaba de su parte, el informe de la Comisión había tropezado con la resistencia de Francia e Italia a darlo por bueno, y no por sentimentalismo o respeto de los términos del Tratado de Roma. En efecto, aunque sus respectivas agriculturas se vieran afectadas por el ingreso de un décimo miembro, tal ingreso daría pie para reclamar una reestructuración de la «Europa verde» subvencionada por los países más industrializados, empezando por la República Federal que desde hace años soporta la mayor parte del fardo de la conflictiva agricultura comunitaria. Es decir, que al socaire de Grecia, Francia e Italia esperaban sacar un provecho.

Por pocos deseos que tengan los Nueve de asumir más cargas y dar asiento a más choques de intereses nacionales, que sobrenadan como el aceite encima del agua comunitaria, no se podía dejar en entredicho la proclamada apertura a todas las democracias occidentales, en particular cuando la CEE se propone fortalecer sus instituciones, planificar el mercado económico y democratizarse mediante un Parlamento elegido por sufragio universal a fin de emprender en serio la construcción de la llamada «Europa». Por lo demás, la reciente celebración en Atenas de una Conferencia económica de países balcánicos —a la que asistió Bulgaria, pero no Albania— podía incitar a Grecia irritada a considerar otra orientación que la de una Europa occidental que pretende ampliar su influencia en el Mediterráneo, luego, que tiene interés en incluirla en la CEE.

Estas razones de bulto y otras más sutiles, llevaron al Consejo de Ministros del 9 de febrero a decirle «sí» a Grecia, lo que no equivalió a desautorizar a la Comisión europea, aunque tal parezca. Fue un «sí» dicho con la boca chica, por cuanto el «periodo transitorio» aconsejado por la Comisión se ha convertido en «fase de admisión» que puede durar dos o tres años, o sea, el periodo previsto por la Comisión.

La semántica no reduce la espera impuesta a Grecia para que tenga cabida en la Comunidad. Por lo pronto, hasta un nuevo Consejo de Ministros de la CEE, la Comisión no recibirá mandato de negociar la «preadmisión». Por tanto, las negociaciones no se iniciarán hasta el próximo verano o acaso después del verano, aun cuando Atenas haya enviado a Bruselas sin pérdida de tiempo una Delegación presidida por el señor Papaliagouras con vistas a acelerar las negociaciones de adhesión. ¿Podrá reducir el plazo de admisión? Gran Bretaña estuvo negociando durante dos años, ello en condiciones menos desfavorables que Grecia, necesitada en primer término de corregir su desequilibrio económico, argumento en favor de los resistentes a su admisión.

Aun haciendo caso omiso de los problemas que plantea el ingreso de Grecia en la Comunidad, que implica reajustes en el ámbito regional, presupuestario, financiero, agrícola y, en menor medida, industrial, reajustes sincronizados con los de Grecia en los mismos ámbitos, quedan pendientes extremos señalados por la Comisión y que no son fruto de una malévolos intención. Son extremos políticos, no de mayor o menor grado de democracia de Grecia, sino de política intercomunitaria. Porque Turquía está asociada a la Comunidad desde 1962, lo mismo que Grecia. De solicitar Turquía su ingreso, surgiría inmediatamente la cuestión de Chipre que las enfrenta. No está el horno comunitario para esa clase de bollos que tan serias dificultades crea en el horno de la OTAN. Se evidencia, pues, que aparte de homologaciones o coincidencias democráticas y complementariedades o armonizaciones económicas, la CEE se retrae ante candidatos que tienen problemas con sus socios. Quiere partícipes bien avenidos entre sí y sólo preocupados de adecuar sus intereses económicos, con harta frecuencia discordantes, lo que es motivo sobrado de tensiones y zancadillas.

En definitiva, la solución dada a la demanda de adhesión griega a la CEE sólo puede calificarse con reservas de éxito para el gobierno Caramanlis, aunque no sea un fracaso. Es no dejar a Grecia en la puerta, en un nuevo período transitorio, sino mandarla sentarse en el pasillo de la preadmisión, pero sin permiso para entrar en el salón.

EL MPLA SE ASIENTA EN ANGOLA

Con la caída en poder de las fuerzas de Agostinho Neto del importante puerto de Lobito y Benguela y con el reconocimiento por Idi Amin, presidente de Uganda y actualmente de la OUA, de que el

MPLA es el único representante legítimo de Angola, hechos acaecidos el 10 de febrero, puede decirse que quedó extendida la partida de nacimiento en Africa de un Estado marxista, marxista en la medida en que tal rígida ideología no sufre distorsiones al aplicarla un pueblo africano. Pero este es un aspecto secundario de la cuestión.

No era preciso recurrir a los métodos propios de la futurología para vaticinar desde principios de enero que tal sería el desenlace de un conflicto que oponía a pro-occidentales y a aquellos que «defendían la soberanía e integridad territorial de Angola de la intervención de enemigos de Africa libre», como ha definido *Pravda* a sus protegidos. Asimismo, no era preciso ser futurólogo para estimar que el empate a que se llegó en la Conferencia extraordinaria de la OUA sobre Angola, celebrada en la primera quincena de enero, no significaba que los 46 países africanos asistentes se mantendrían firmes en la posición adoptada en Addis-Abeba: 22 «moderados» a favor de un gobierno tripartito de unidad nacional y 22 «progresistas» partidarios decididos del MPLA, entre ellos la rica Nigeria que, aparte de un donativo a Angola de unos 1.200 millones de pesetas, puso a disposición de Agostinho Neto para trasladarse a Addis-Abeba el Boeing personal del presidente Mustala Mohammed, asesinado poco después. Por lo pronto, Idi Amin, que se abstuvo de votar en Addis-Abeba, tomó claramente partido una vez finalizada la Conferencia. Etiopía, que también se abstuvo, seguirá su ejemplo y, uno tras otro, los 22 «moderados» harían lo mismo. Por su parte, Zaire, comprometida con el FLN, inició una retirada, cuando menos dialéctica, no bien los avances militares del MPLA convirtieron en piel de zapa el territorio dominado por el FLNA de Holden Roberto.

Bien es verdad que la actitud de Kinshasa ha estado condicionada y hasta determinada por una circunstancia exterior: la negativa del Congreso norteamericano a que los Estados Unidos echaran su cuarto a espadas en el conflicto angoleño. Tal negativa decidió a la URSS a hacer caso omiso de las advertencias del presidente Ford sobre los riesgos que corrían las relaciones norteamericano-soviéticas de persistir en «lograr ventajas unilaterales» de la situación de Angola, reprochándole que tratara de «extender su zona de influencia a miles de kilómetros de sus fronteras», cual si semejante afán no fuera lo propio de una Superpotencia que, por serlo, tiene una política y una estrategia a escala mundial. Además, para proseguir su acción, la URSS contaba con factores favorables: la aportación cubana, que excusaba un compromiso demasiado directo; las próximas elecciones

presidenciales, que afectan de hemiplejía la política interior y exterior norteamericana, y, finalmente, la desafortunada intervención de los Estados Unidos en Asia que ha provocado un trauma con efectos inhibitorios. Todo ello ha conferido a la URSS libertad de acción en Angola e incluso en cualquier área del mundo, siendo decisivo para que jugara fuerte una partida cuya puesta es el control del Atlántico Sur, el futuro del Africa Blanca, el prestigio de su aliada cubana en Africa, las riquezas de Angola y más aun de Cabinda. Era soñar despierto esperar en el poder disuasivo de protestas que no han de acompañar hechos concretos, singularmente cuando los éxitos militares del MPLA en el Norte lo ponían en condiciones de arremeter contra el Sur dominado por UNITA apoyada por Africa del Sur, presunta víctima de la preocupación soviética por la libertad de Africa, empezando por Namibia donde ya se mueve la guerrilla del SWAPO.

En todo caso, la conquista de Lobito y Benguela ha dado al traste con la fórmula sugerida por el doctor Kissinger, como mal menor en la cuestión de Angola: la partición del territorio entre bandos enfrentados, el MPLA y UNITA, una vez eliminado el FLNA. De este modo, hubiera quedado a salvo la central hidroeléctrica en construcción en el río Cunene, en la que participa Africa del Sur para la que tiene capital importancia su puesta en marcha. Y asimismo el ferrocarril que une el Zaire con Benguela, salida al mar de la rica provincia zaireña de Katanga y también de Zambia. A estas alturas, la suerte está echada y el MPLA domina Angola, menos en zonas residuales, rematando así su carrera hacia el poder exclusivo, carrera cuyo impulso inicial se debe al almirante Rosa Cuntinho, inclinado a su favor durante su mandato en Luanda por razones que huelga concretar. Que esta victoria del MPLA provoque llantos y crujir de dientes, lamentos y pesares en el mundo occidental es indudable por los motivos señalados, a los que puede añadirse el riesgo de dividir más de cuanto lo están pueblos y Estados de Africa que apenas si han conocido «el clima de paz que había acompañado hasta ahora la independencia», a no ser en las sorprendentes palabras que pronunció a raíz de un Consejo de Ministros del pasado enero el presidente Giscard d'Estaing, olvidando, sin duda, la impresionante suma de matanzas que han acompañado o seguido las independencias africanas y los treinta golpes de Estado aproximadamente que en veinte años se han producido en el Continente vecino.

Pero si el hecho de la adscripción de Angola al mundo llamado socialista es grave en sí, por entrañar una ampliación de la influencia

soviética en una región del Africa Negra de singular importancia política, estratégica y económica, lo es todavía más el que ponga en evidencia la incapacidad del mundo occidental y su adalid los Estados Unidos para responder a un reto. Y esto es lo verdaderamente inquietante del desenlace del conflicto de Angola. Lo es al extremo de que Joseph Luns, secretario general de la OTAN, declarase recientemente: «Tengo la impresión de que los soviéticos han establecido un puente aéreo con Angola para comprobar hasta dónde pueden llegar con Norteamérica. En ese contexto se ha tenido que registrar que en Occidente ha imperado cierta "crisis de voluntad" para hacer fracasar la prueba de fuerza de Moscú. De este modo, los Estados europeos nada podían emprender en Angola, tampoco los Estados Unidos. Pero me preocupa semejante desarrollo y la derrota del presidente Ford a quien la mayoría del Congreso ha prohibido que se interese por Angola.»

Por tanto, puede apuntarse el Congreso norteamericano la culpa en las previsibles consecuencias de la victoria del MPLA. «Vietnam nos dio a conocer el precio de una intervención; Angola nos dará a conocer el precio de una no intervención», dijo David Moynihan, entonces embajador de los Estados Unidos en la ONU. En suma, no pecar ni por exceso ni por defecto es arte que sólo dominan grandes estadistas que se echan de menos.

LA GUERRA DEL BACALAO: ¿ESPINAS PARA LA OTAN?

Desde que empezó a colear el pleito pesquero entre Islandia y Gran Bretaña o «guerra del bacalao», en reiteradas ocasiones Reykjavik aludió a la posibilidad de ruptura de relaciones diplomáticas, no ha mucho salvada a última hora por la intervención del secretario general de la OTAN, Joseph Luns. Sin embargo, su intervención no logró acortar distancias entre las 12 millas de aguas territoriales a las que se aferra Gran Bretaña y las 200 que Islandia decidió otorgarse hace meses. Desde luego, ningún acuerdo internacional avala la postura de Islandia, aunque el criterio de ampliar las aguas territoriales haya venido ganando terreno, bien porque diversos países, anticipándose a una reglamentación a escala mundial, ya las han ampliado unilateralmente, bien porque los máximos partidarios de las tradicionales 12 millas, Estados Unidos y la URSS, empiezan a admitir la conveniencia de reconsiderar ese extremo. Por tanto, a pesar de que la III Conferencia del Mar no llegara a conclusiones prácticas, no

cabe descartar que en la próxima la tan debatida cuestión de las aguas territoriales sea objeto de nueva reglamentación, en el mejor de los casos mediante una solución de compromiso entre las 12 y las 200 millas. Es decir, el incierto futuro que tiene la postura británica y el empeño de no aceptar la propuesta islandesa de que los barcos británicos faenen dentro de las 200 millas territoriales, pero ateniéndose a respetar la cuota señalada por Reykjavik—como las señalan otros países—, habida cuenta de que Islandia impone a sus propios pescadores reducir a la mitad las toneladas de bacalao capturadas, o sea a 200.000 toneladas, para no agotar sus ya esquilados bancos pesqueros. Londres rechaza esa cuota para proteger los intereses de su industria pesquera en crisis, que es preferentemente escocesa, por tanto de una región con ínfulas separatistas. La decisión adoptada el 19 de febrero por Reykjavik de romper sus relaciones diplomáticas con Londres es prueba patente de que Islandia, por su parte, no está dispuesta a cejar en la defensa de sus bancos pesqueros de los que depende en un 90 por 100 aproximadamente su economía no diversificada. Se trata, en suma, de la única riqueza positiva de esa pequeña y pobre isla volcánica, un tanto a trasmano de Europa de la que, no obstante, es parte.

Sin embargo, ese inhóspito país, de ser poco más que una expresión geográfica, ha pasado a constituir motivo de preocupación en razón de su singular importancia geoestratégica en la ruta marítima entre los Estados Unidos y Europa y con vistas a vigilar los movimientos de la flota soviética en el Atlántico Norte desde las bases de Keflavik y Thulé, provistas de los más modernos artilugios electrónicos. Tales bases se han establecido en virtud de acuerdo bilateral entre los Estados Unidos e Islandia. Como era el caso de las bases norteamericanas en Turquía, rizan el rizo del sistema defensivo de la OTAN, de la que Islandia es miembro. No es ésta la única ambigüedad que se registra en el dispositivo militar de la OTAN en el que se imbrican mandos interaliados y mandos exclusivamente norteamericanos, fuerzas interaliadas dependientes de la organización en tiempo de paz, fuerzas en reserva para ser eventualmente integradas y fuerzas que permanecen bajo mandos nacionales.

A este respecto, Islandia no tiene problemas por carecer de ejército, motivo por el cual un funcionario civil la representa en el Comité Militar de la OTAN que comprende los jefes de Estado Mayor de los países miembros. Es circunstancia que contrasta con la importancia militar que Islandia tiene en el Mando SACLANT que a título de

interaliado es responsable del Atlántico Norte y Portugal y a título norteamericano de la totalidad del Atlántico desde el Polo Norte al Trópico de Cáncer. En suma, Islandia hace las veces de una gran torre de vigía que se alza en un punto estratégico del Atlántico Norte. Si no estuviera habitada, constituiría óptimo elemento del sistema defensivo de la OTAN. Pero Islandia está habitada, tiene agudos problemas económicos que originan malestar social y, por si fuera poco, su democracia de corte occidental ha incubado una serie de grupos afines al comunismo y un activo partido comunista, tan ortodoxo que fue el único en aprobar la invasión de Checoslovaquia por la URSS. Ante la opinión pública islandesa y en un clima de nacionalismo exasperado, izquierdistas y comunistas denuncian a voz en cuello la agresión británica y el escaso interés de la OTAN por amparar la pequeña isla. De hecho, la OTAN no ha esperado el pleito pesquero para poner de manifiesto que no está en condiciones de resolver las disensiones que se originan en su seno. Ciertamente es que no se previó para ser competente en cuestiones políticas: su misión es estrictamente militar en caso de agresión armada. El resultado es que los sucesivos conflictos producidos en Chipre han desembocado en la retirada de la OTAN por Grecia y el cierre de las bases norteamericanas en Turquía, lo que implica una sensible fisura en el muro de contención alzado en el Sureste del área amparada por la OTAN, muro seguidamente amenazado en el Suroeste por el inseguro rumbo de Portugal. El temor de que los sectores comunistas y neo-comunistas de Islandia hagan hincapie en la «guerra del bacalao» para pedir que Islandia cancele sus compromisos con el Pacto Atlántico y eche el cerrojo a las bases norteamericanas es algo que se entrañaba en tal «guerra». De no ser por las serias consecuencias que originaría, sería motivo de ironías y chanzas que una disputa en torno a bancos de bacalao ponga en peligro planes de defensa minuciosamente elaborados por distinguidos estrategas. Lo grave es que puede no ser broma el que Islandia se «neutralice» sencillamente en uso de su derecho a ser o no ser miembro de la Alianza Atlántica. Ya es grave que, por vez primera, dos países miembros lleguen a una ruptura de relaciones diplomáticas. Grecia y Turquía nunca llegaron a tanto y, con todo, sus querellas han inferido un golpe de consideración en áreas periféricas del dispositivo militar de la OTAN en el Mediterráneo. Islandia «podría revisar su relación con la organización defensiva occidental», dijo el ministro de Asuntos Exteriores de ese país, Einar Agustsson a raíz de la ruptura de relaciones con Gran Bretaña, caso de recrudecerse en las

próximas semanas la «guerra del bacalao» en la que el día 19 se registraron cortes de redes de dos pesqueros británicos y un marinero herido. Semejante revisión desmoronaría los planes de defensa en un área de importancia capital, como es el Atlántico Norte a menos de que la OTAN tome cartas en el asunto y consiga de Gran Bretaña que se apeee de su nacionalismo económico que mina la cohesión de la Alianza. Su tozudez hace correr riesgos tan evidentes que, a toda prisa, el Consejo de la OTAN se reunió en sesión extraordinaria el 19 de febrero para tratar del problema de la ruptura de relaciones, por cuanto Gran Bretaña e Islandia son ambas vitales en el dispositivo de defensa del SACLANT.

En suma, la Alianza Atlántica ya debilitada por el último conflicto árabe-israelí, el embargo del petróleo, la disputa de Chipre y la nebulosa que es Portugal recibe un nuevo golpe con la «guerra del bacalao». Mientras, la URSS registra ganancias políticas en áreas que ampara la OTAN. Sin duda, son lentas e intermitentes, pero se suman una con otra. Quizá solo de pasos cortos y hasta escasos, pero nunca retrocede. Es decir, la apremiante necesidad que tiene la Alianza Atlántica de tapar brechas reales y virtuales en el Mediterráneo y el Atlántico, dado el prodigioso desarrollo de la potencia naval soviética, así como de hallar un nuevo punto de apoyo sustitutivo de las cuarteadas columnas de sustentación que han venido siendo Turquía, Grecia, Portugal e Islandia para establecer planes de defensa que correspondan a las nuevas realidades.

EL XXV CONGRESO DEL PCUS

Cualquier defecto se les puede achacar a los dirigentes de la URSS salvo el de disimular la carta que juegan, por muy correctamente que se comporten durante la partida. La observación viene a cuento de determinados extremos del larguísimo discurso pronunciado el 24 de febrero por Leonid Breznev en la sesión inaugural del XXV Congreso del Partido Comunista Soviético ante 5.000 delegados representantes de poco más de 15 millones de comunistas de la Unión Soviética, país que cuenta con 257 millones de habitantes. Trátase, pues, de un partido único y minoritario. Su cuidada organización y disciplina explican su fortaleza y capacidad para señalar objetivos y esfuerzos para lograrlos. Asimismo asistían al Congreso delegaciones de partidos comunistas de 96 países, cifra nunca alcanzada en anteriores Congresos. No cabe decir que se echaron en falta delegaciones de China y Albania, no

invitadas. Lo insólito hubiera sido su presencia en ese cónclave de «social-revisionistas». El partido comunista francés estuvo presente, pero sólo representado por un dirigente de segunda fila. Al arrojar por encima de la borda el fundamental principio de la «dictadura del proletariado» en el XXII Congreso del Partido Comunista Francés, Georges Marchais se autoexcluía de un Congreso que ha pretendido destilar las más puras esencias del marxismo-leninismo, una de las cuales es precisamente: «La dictadura del proletariado..., lucha persistente, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, educativa y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad», como definiera Lenin.

En su informe, Breznev trató amplia y detalladamente de los avances del socialismo, de la indisoluble alianza entre los países socialistas, los éxitos y fallos registrados en el plan quinquenal, en particular en materia de agricultura, que cargó en la cuenta de la meteorología y la burocracia, sin excluir una furiosa arremetida contra China. En cambio, se recreó en puntualizar con satisfacción los beneficios derivados del «programa de paz soviético» aprobado hace cinco años en el XIV Congreso, una de cuyas consecuencias es la distensión. Es aspecto de gran interés del informe, ya que interesa directamente al mundo no comunista, lo que no equivale a decir que descuidado por el comunismo, de atenernos a lo que significa «coexistencia pacífica» en interpretación de los dirigentes soviéticos nada remisos en declarar reiteradamente que la coexistencia pacífica no va en mengua de la lucha contra el sistema socio-político occidental, lo que implica intensificar la lucha subversiva bajo todas sus formas.

En materia de política exterior o «programa de paz», el secretario general recordó que en anterior Congreso había presentado un plan para pasar de la guerra fría a la coexistencia pacífica y la cooperación mutuamente provechosa. Leonid Breznev cedía a la poco resistible tentación de ponerse moños. Fue Malenkov en 1954 el primero en preconizar la sustitución de la guerra fría por la coexistencia pacífica. Tampoco era táctica que inventara, pues ya estaba en las ideas sobre estrategia y táctica bolcheviques expuestas en 1921 por Lenin. La propuesta de Malenkov cayó en el vacío. Prosperó con Jrushev. Ha conseguido carta de naturaleza con Breznev que ha logrado dar categoría de principio indiscutible a esa fórmula, no solo en el mundo socialista, sino en el occidental. Este estima que merced a ella se ha conseguido un equilibrio de fuerzas que además de garantizar la paz permite una provechosa cooperación económica y comercial con el

Este. No es la URSS la que menos ventajas saca de facilidades de créditos, suministro de cereales y ayuda técnica que no le regatean los países occidentales engolosinados por un negocio que, de momento, es bueno.

Pero paralelamente a esas bienandanzas, la distensión no ha disminuido el esfuerzo armamentista de la URSS. Con un producto nacional bruto de apenas más de la mitad del de los Estados Unidos, la URSS tiene un presupuesto de defensa que supera el norteamericano. De ahí que fabrique ingentes cantidades de tanques, aviones y demás pertrechos bélicos, duplique en diez años el tonelaje de sus fuerzas navales y perfeccione el armamento nuclear cuyas pruebas efectúa en el mar de Barentz. En cuanto a sus efectivos, los ha aumentado hasta 4,2 millones. Independientemente de que ese potencial bélico lleve o no a la conclusión formulada por el director de Investigaciones para la Defensa del Pentágono, Malcolm R. Currie, de que la URSS no descarta la posibilidad de una tercera guerra mundial, lo que no deja lugar a dudas es la claridad con que Leonid Breznev ha declarado en el XXV Congreso que no hay incompatibilidad radical entre «distensión» o «coexistencia pacífica» y puesta por obra de todos los medios para modificar el *status* occidental. Es más, no sólo no existe incompatibilidad, sino que la distensión es caballo de Troya para la penetración ideológica y subversiva, aunque el secretario general se abstuviera de decirlo, tal vez por estimar superfluo remachar el clavo de la evolución histórica que lleva inexorablemente el mundo hacia su meta, que es el socialismo en su versión marxista-leninista. En todo caso, el que la distensión es «premisa favorable» para que «los diversos sectores sociales acepten el pensamiento marxista-leninista», meollo del párrafo dedicado por Breznev al tema, ha sido expuesto sin ambages por Kvashnin Nikolaiev en reciente número de «International Affairs» de Moscú. Y nadie puede pensar que un especialista de política internacional soviético se aparte de la línea ortodoxa, que es la de Breznev.

Por lo demás, se impone que la «evolución histórica» es tanto más inexorable cuanto que por doquier, a cara descubierta o disimuladamente, la subversión se afana por minar el mundo occidental afectado por una gran crisis económica y una no menor crisis de sus valores tradicionales. Desde luego, la distensión excluye que esos países hayan de sufrir el empujón bélico, pero la distensión no impide que sus tensiones internas sean sistemáticamente explotadas por la subversión, que es una de las formas de la guerra revolucionaria. En suma, con la

distensión se están creando las «premisas favorables» o etapa de transición hacia la etapa revolucionaria marxista-leninista. La expansión ideológica es la carta que juega el Partido Comunista Soviético. La distensión es la partida que juega el Estado soviético. Ni lo uno ni lo otro es revelación deducida del discurso de Breznev. Hace unos meses, el teórico Mijail Kozlenski, en artículo titulado «Problemas de la paz y socialismo» expuso idénticas ideas que las expresadas por el secretario general del PCUS. Por su parte, el ya citado Kvashnin Nikolaiev no vaciló en afirmar que «la distensión ha proporcionado amplias posibilidades a un mayor afianzamiento de la ideología marxista-leninista». La apreciación no es fruto del triunfalismo. Es simplemente reflejo de una realidad que se impone siempre que no se pretenda cerrar los ojos a todo lo enojoso.

EL PRIMER MINISTRO CHIRAC VIAJA AL CHAD

La gran polvareda informativa que levantó el viaje a Argelia del primer secretario del Partido Socialista francés, François Mitterrand, iniciado el 25 de febrero, difuminó el viaje oficial que casi simultáneamente hacia al Chad el primer ministro francés, Jacques Chirac. Fue un corto viaje de sólo un día, por lo demás sorprendente a primera vista dadas las agrias relaciones existentes entre París y N'Djamena, antes Fort-Lamy. La caída del presidente Tombalbaye, que merced al apoyo de las fuerzas francesas estacionadas en el Chad había neutralizado tres intentos de golpe de Estado, ya hizo tirantes aquellas relaciones. El asunto Claustre fue el remate. «La amistad franco-chadiana está muy debilitada», declaró entonces el ministro de Finanzas, general Djogo. Era situación que contrastaba con la amistad puesta de manifiesto por los dos países desde que, en 1962, Chad accediera a la independencia y que plasmó en una serie de acuerdos de cooperación. Entre ellos son de destacar la ayuda de Francia para organizar la administración (misión encomendada a unos 1.000 civiles) y la presencia de tropas francesas (unos 2.000 militares) en el territorio del Chad, país de zona de influencia francesa y de aplicación preferente de la política africana que París se ha esforzado en desarrollar con éxito variable en su ex imperio colonial de Africa.

Esas tropas francesas fueron el pilar de sustentación del gobierno encabezado por Tombalbaye, que desde abril de 1969 hubo de enfrentarse con una rebelión localizada en el Tibesti, vasta zona del Norte, desierta y montañosa, fronteriza con Libia, que se ha mostrado favo-

rable a la rebelión de las tribus musulmanas. Los guerrilleros, que no pertenecen a un solo movimiento, sino a tres, se mueven «como el pez en el agua» en esa árida región, poblada por unos 80.000 nómadas que simpatizan con ellos. Pese a los esfuerzos del ejército chadiano, conjugados con los esfuerzos de las tropas galas, N'Djamena sólo controla efectivamente alrededor de un tercio del territorio del Chad. En el resto impera una rebelión cuyo núcleo principal está al mando de Issene Habré, titulado en una Universidad francesa y en tiempos subprefecto en la administración de Tombalbaye. En 1971 se pasó a la guerrilla que campa por sus respetos en el Tibesti, lejos de las tribus de raza negra, los saras, animistas y cristianas, que ejercen el poder y se entregan a una corrupción que no atajó la asistencia francesa en materia de administración.

A finales de abril de 1974 se tuvo noticia del secuestro por los rebeldes del Tibesti de un médico alemán y una arqueóloga francesa, la señora Claustre, cuyo esposo dirigía la misión de reforma de la administración chadiana. Para rescatar al médico, Bonn entregó a Issene Habré cuatro millones de francos franceses, lo que provocó, en junio de 1974, la ruptura de relaciones diplomáticas entre la República Federal y el nuevo gobierno chadiano, que estimó inaceptable el trato directo con los rebeldes y más aún que se les facilitaran medios económicos. Ante el secuestro de su súbdita, Francia se mostró cauta a fin de no irritar a los nuevos dirigentes y mantener su presencia en el país. Porque, poco antes de esos secuestros, la creciente tensión entre Tombalbaye y el ejército había desembocado, el 13 de abril, en un golpe de Estado que llevó a cabo el general Odengar. En la lucha pereció Tombalbaye, aparte de producirse numerosas víctimas. Seguidamente, el general Félix Mallum fue designado presidente del Consejo Supremo Militar. Optimistas, los nuevos dirigentes estimaron superfluo proseguir la lucha contra los rebeldes del Tibesti, que —declaró el general Mallum— luchaban, lo mismo que el ejército, contra el anacronismo y la corrupción del sistema impuesto por Tombalbaye. No hubo señales de que fuera acertado ese enjuiciamiento de la cuestión. Lo único evidente es que gobierno y rebeldes se aquietaron en sus respectivas posiciones, ello hasta fecha reciente en que se han reanudado los choques sangrientos.

En septiembre de 1975, la televisión francesa y una campaña de prensa mostraron a la opinión pública del país vecino el dramático destino de la señora Claustre, siempre cautiva de los rebeldes, amenazada de ejecución y marginada de las preocupaciones de los gober-

nantes galos, tal vez coartados en sus impulsos humanitarios por la reacción de N'Djamena frente a la actividad de Bonn para liberar a su súbdito. Bajo la presión de la opinión pública, el gobierno francés hubo de tomar cartas en el asunto y gestionó directamente con Issene Habré la liberación de la cautiva. Entre las condiciones impuestas por los rebeldes figuraba la entrega de armas. ¿Accedió Francia a esa pretensión? El general Mallum lo afirmó. Francia lo negó. En todo caso, la señora Claustre no fue liberada, lo que no aplacó la irritación del Consejo Supremo Militar, que solicitó de París la retirada de las fuerzas francesas estacionadas en el Chad, señalando como plazo máximo finales de octubre. Y a finales de octubre del pasado año las últimas fuerzas francesas abandonaban un Chad inamistoso. Llegaba a su término una larga fase de apoyo financiero y militar que Francia había prestado con generosidad a ese país, de acuerdo con los criterios descolonizadores del general De Gaulle.

El distanciamiento entre Francia y el Chad ha sido de corta duración. No son motivos sentimentales los que han movido al señor Chirac a trasladarse a N'Djamena. En primer término, el viaje del primer ministro francés respondía a la necesidad de conseguir facilidades para los vuelos de la aviación militar con dirección a Yibuti. Mediante una sustancial contrapartida de ayuda económica y militar, el señor Chirac llegó con el gobierno chadiano a un acuerdo. Se le puede calificar de limitado. En efecto, no bien el señor Chirac aterrizó en París, el ministro chadiano de Asuntos Exteriores puntualizó—indudablemente de cara a la OUA—que su país se reservaba el derecho de inspeccionar los aviones militares franceses y el de cancelar la autorización de escalas técnicas de entrar Francia en conflicto con otro país. En claro, ello significa que una confrontación armada entre Francia y Somalia provocaría la inmediata suspensión de las necesarias escalas técnicas en el Chad. Por tanto, el éxito de la negociación en este aspecto es modesto. De otra parte, la posición estratégica del Chad, en el centro del continente africano, donde la descolonización portuguesa y la acción de Cuba y la URSS en Angola han modificado la relación de fuerzas entre Occidente y el Este, así como las riquezas del subsuelo chadiano—en particular el uranio—explican y justifican el interés de Francia por ese lejano y débil país. Restablecer allí la presencia francesa no sería una baza desdeñable en la difícil partida que se ha empezado a jugar en Africa. Pero la tajante afirmación del ministro de Asuntos Exteriores del Chad, según el cual quedaba descartada toda eventualidad de restablecer una base

francesa en su país, desvanecen las esperanzas que incitaron a Francia a hacer esa concesión al amor propio de los chadianos que supuso el viaje del primer ministro galo.

EL PRESIDENTE SADAT Y LOS TRATADOS CON LA URSS

No ha deparado verdadera sorpresa la denuncia por el presidente Sadat el 14 de marzo de los Tratados de amistad y cooperación suscritos con la URSS el 27 de mayo de 1971. Desde que llegara al poder, con cautela, sigilo y zigzagados provocados por circunstancias ajenas a su íntimo propósito, el presidente Sadat no ha cesado de perseguir el objetivo de levantar la hipoteca de una excesiva dependencia de Egipto a la URSS, que coartaba los intentos de maniobra diplomática de su país. Como quiera que los sectores moderados y conservadores egipcios no veían con buenos ojos la influencia soviética y que parte del Ejército y los medios universitarios estimaban que la URSS entorpecía la reanudación de la lucha contra Israel, por convenirle la situación de «ni paz ni guerra» que justificaba su presencia e implantación en áreas de suma importancia estratégica, el presidente Sadat no emprendió el camino de una reconversión de la política egipcia desprovisto de apoyo nacional. Bien es verdad que sus buenos propósitos no podían hallar decidida acogida por parte de los Estados Unidos en los meses que siguieron a la muerte de Nasser. Se impuso, pues, un compás de espera y, como por lo pasado, Egipto hubo de llamar a la puerta soviética en demanda de armamento. La URSS remoloneó y las demandas se hicieron más insistentes cuando se preparaba el deshielo soviético-norteamericano, que culminó en las conversaciones Nixon-Breznev, de Moscú, en mayo de 1972. En suma, había concluido la fase de ayuda y cooperación que había seguido a la derrota de 1967, si bien desde 1955 existía una conexión entre Egipto y la URSS en lo económico y militar.

Aun antes de que la URSS se resistiera a facilitar ayuda bélica en la medida solicitada, el presidente Sadat ya había manifestado su deseo de soltar amarras al iniciar la purga de elementos egipcios pro soviéticos del Ejército y la Administración, por muy colaboradores de Nasser que hubieran sido, lo que, por cierto, no estorbó la firma del Tratado egipcio-soviético. Tampoco estorbó el Tratado suscrito que en julio de 1972 Anwar el Sadat expulsara de Egipto a unos 15.000 asesores y técnicos soviéticos, cuyo número había crecido al socaire de la «amistad y cooperación» oficialmente reconocidas desde hacía poco

más de un año y previstas durante quince años. Pero esta campanada —que campanada fue— se dio a destiempo. Aunque implicara un primer paso hacia la solución negociada del conflicto con Israel, como preconizaba Washington, los dirigentes norteamericanos no se dieron por aludidos. Las conversaciones Nixon-Breznev eran demasiado recientes, así como sus esperanzas de paz y seguridad, y un año de elecciones presidenciales en los Estados Unidos es poco propicio para modificar el rumbo de la nave diplomática, singularmente si se aparta de los influyentes medios judíos norteamericanos. El siseo de Egipto lo silenció la indiferencia de Washington. Y Egipto siguió siendo oficialmente aliado de la URSS contra Israel. Sin embargo, la guerra de octubre de 1973 evidenció que Egipto no se consideraba maniatado por el Tratado suscrito y su cláusula restrictiva de consulta previa a las hostilidades. Hubo consulta, al parecer, pero Egipto hizo caso omiso del criterio de la URSS de no iniciar una guerra por temor a que una derrota árabe la eliminara del Cercano Oriente.

En realidad, de la guerra del Ramadán data el verdadero distanciamiento de Egipto y la URSS. Por tanto, si en el terreno militar esa guerra sólo fue una victoria recortada de Egipto, es indudable que ha sido el principio de una victoria de la sutil política de Anuar el Sadat que ha tendido a neutralizar la influencia de Israel en los Estados Unidos mediante la amistad egipcio-norteamericana. Dos factores han contribuido grandemente a su éxito después de tropezar durante años con la evasiva actitud de Washington. Uno de ellos se deriva del embargo del petróleo que impuso a los poderosos intereses petrolíferos norteamericanos la conveniencia de acercarse a los países árabes en defensa de esos intereses. De otra parte, el presidente Sadat, que no presume de progresista ni socialista, sino de amante del bien de su país, conquistó la valiosa amistad del rey Faisal de Arabia Saudita. Su ayuda pudo allanar dificultades dadas sus estrechas relaciones con los Estados Unidos y su papel preeminente en el mundo árabe. Y así, entre suerte, ayudas eficaces, paciencia y tenacidad, Sadat ha ido penetrando en los Estados Unidos pese a los cancerberos apostados en su puerta en defensa de una exclusiva de amistad en el Cercano Oriente a cargo de Israel. A estas alturas puede hablarse de amistad entre los Estados Unidos y Egipto, con las ventajas de diversa índole que se derivan de una amistad generosa, ya manifestada con motivo de las negociaciones de paz del Sinaí y recientemente ratificada en declaraciones del presidente Ford, decidido partidario de la ayuda a Egipto —incluso la ayuda militar— aun antes de que El Cairo denun-

ciara los Tratados con la URSS, lo que supone un evidente revés para la URSS, aunque sólo fuera por las facilidades portuarias que, lógicamente, pierden los barcos soviéticos en Egipto.

Con todo, mucho mayor es el revés que sufre Israel con la nueva situación existente entre Washington y El Cairo, ya que la larga e incesante demanda de ayuda a los Estados Unidos por parte de Tel-Aviv se ha basado en contrarrestar la influencia de la URSS en el mundo árabe y singularmente en Egipto. Era un argumento de peso para que los Estados Unidos se volcaran en favor de esa cabeza de puente del mundo occidental en el Cercano Oriente que Israel se ha afanado en ser. El presidente Sadat le ha arrebatado a Israel ese argumento contundente. Le ha minado el terreno del antisovietismo en el que se asienta en gran parte Israel, a pesar del veto de los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad el 25 de marzo, que favoreció a Israel. Pero ¿perjudicó a Egipto concretamente? Es dudoso.

EL PROBLEMA DE RHODESIA

El centro de gravedad de la política internacional se ha desplazado a Africa desde que Angola evidenció el interés que ese continente suscita en la URSS, aunque también en aquel conflicto pudiera perseguir sus objetivos por país interpuesto, Cuba en ese caso. La razón de tal interés es obvia. Además de su importancia en la ruta del petróleo, Africa es rica en materias primas explotadas y por explotar. Controlar ese continente proveedor de la Europa occidental es por la vía económica tener la posibilidad de gravitar sobre la Europa occidental sin necesidad de recurrir al conflicto armado, ya descartado por Jrushev de la panoplia de acciones soviéticas. «Conseguiremos cuanto queremos mediante nuestra acción política, industrial y cultural», dijo al hombre de negocios británico James Hutchinson. No mencionó la acción económica, pero sus sucesores apuntan a desarrollarla en Africa. Angola es fase inicial de esa acción puesta en práctica en el marco de una estrategia indirecta a la que el mundo occidental sólo atinó a replicar en términos similares con el Plan Marshall. De ahí que no bien culminó el conflicto de Angola con el triunfo del MPLA, empezó a perfilarse cada día con mayor nitidez la ofensiva contra Rhodesia, a su vez prelude de la ofensiva final contra Africa del Sur.

¿Cabe admirarse de la grave situación con que se enfrenta Rhodesia? La proclamación unilateral de independencia formulada en 1965

por Ian Smith en nombre de los blancos—no muy dispar de la proclamación de independencia de los Estados Unidos—contenía en germen los problemas actuales, porque mediado el siglo xx el contexto internacional difiere radicalmente del que se daba en 1776. Ninguna potencia se puso ni pudo ponerse decididamente al lado de la minoría blanca que pretendía remar contra la corriente descolonizadora imperante en el mundo e institucionalizada en la ONU. Con veinte negros por cada blanco, sólo un giro de 180 grados en la política occidental hubiera permitido a Rhodesia seguir navegando con un reducido mando blanco y una muy crecida tripulación negra. Tal vez de no haber accedido Mozambique a la independencia, Rhodesia—que los nativos llaman Zimbabwe—hubiera salido adelante a pesar de las sanciones, la repulsa de la ONU y las protestas de Gran Bretaña, amén de los embates de su mayoría negra. Por los puertos mozambiqueños se efectuaba alrededor del 80 por 100 de su comercio, lo que convertía en papel mojado las sanciones económicas contra ese país y suponía un ingreso de unos 17 millones de libras en las arcas de Mozambique por tasas portuarias. Mozambique era la puerta abierta al mundo para Rhodesia. El pasado 11 de noviembre esa puerta se cerró virtualmente, aunque en el cierre Mozambique se pillara económicamente los dedos. Ello es tan evidente que la Commonwealth, que pía por el predominio de los negros de Rhodesia junto con Gran Bretaña, se dispone a prestar ayuda económica al país, que contribuye a deshacer el entuerto blanco en la ex colonia o todavía colonia. Por lo pronto, Mozambique puede contar con 13 millones de libras facilitadas por Gran Bretaña, cuya satisfacción por el reciente cierre de las fronteras con Rhodesia manifestó mister Rowlands, subsecretario parlamentario del Foreign Office. Ello es exponente de la decisión británica de que se apliquen en Rhodesia las reglas de la democracia que automáticamente instaurarán en ese país un gobierno negro, en el que podría participar la minoría blanca de considerar el futuro con sumo optimismo.

Esta superficial y limitadísima indicación de las circunstancias en que se hallan los blancos de Rhodesia, amenazados en todas sus fronteras, salvo en los 200 kilómetros comunes con Africa del Sur, y dentro de sus fronteras por la masa negra y la guerrilla, muestra cuán difícil era que Ian Smith, empeñado en mantener el predominio blanco, llegara a un acuerdo con el presidente en Rhodesia del Consejo Nacional Africano, Joshua Nkomo. De ahí que lo mismo que en las negociaciones de 1973 y en las de agosto de 1975, celebradas fuera del

territorio de Rhodesia, en las cataratas Victoria, por largas que hayan sido las conversaciones de Salisbury y considerables los trabajos realizados durante meses, según señala el comunicado final del 19 de marzo, no se ha llegado a ningún resultado. Es más, se ha puntualizado que las negociaciones entre el gobierno de Rhodesia y el Consejo Nacional Africano quedaban rotas, es decir, que no hay esperanza de acuerdo constitucional. Realmente, era iluso alentar una esperanza que implicaba transferir el control de las instituciones a la abrumadora mayoría negra que pretendía celebrar elecciones dentro de dos años, cuando Ian Smith sólo se mostraba dispuesto a que se celebrasen dentro de quince o veinte años. Se ha mencionado reiteradamente la intransigencia de Ian Smith. ¿No dictará más bien su postura la inconsciencia de la realidad en que se inserta el problema rhodesiano amenazado de internacionalización?

Porque tan pronto como finalizó el conflicto de Angola se dio por sentado que los combatientes cubanos, factor decisivo de la victoria del MPLA, seguirían por el camino emprendido de «ayudar a los demás pueblos en su combate de liberación», como figura en uno de los 141 artículos de la Constitución recientemente aprobada en Cuba. Por supuesto, no hay confirmación oficial de que los combatientes cubanos se hayan trasladado con armas y bagaje a Mozambique, utilizada como base operativa, no más que de la presencia de asesores cubanos junto a Sekú Turé, en Guinea Ecuatorial, Somalia y Guinea Bissau. Sin embargo, es de relacionar la sustancial aportación militar cubana con la decisión de Samora Machel de cerrar los 1.300 kilómetros de frontera común con Rhodesia. De otra parte, la «cumbre» que reunió en Lusaka el 25 de marzo a los presidentes de los países negros fronterizos con Rhodesia para estudiar la ayuda a prestar a los guerrilleros evidencia un propósito de coordinación previa a la acción, tanto más inminente cuanto que un nuevo factor impulsa decididamente a la lucha. Por tratarse de un factor extraafricano, la cuestión de Rhodesia rebasa los límites de un conflicto regional localizado.

Tal pone de manifiesto la reacción de los Estados Unidos, que confiere singular gravedad a cuanto acontece o pueda acontecer en ese sector del Africa austral.

En efecto, en su discurso de Dallas ante el Consejo de Asuntos Mundiales, en forma tajante Henry Kissinger dijo que «Estados Unidos no aceptará ninguna otra intervención militar de Cuba en el exterior», aparte de acusar a la URSS de quebrantar unilateralmente la política de distensión y apuntar a convertirse en gendarme del mun-

do. Era éste un reproche delicado de formular por parte del secretario de Estado de un país que, como Estados Unidos, con mayor o menor fortuna, ha actuado como gendarme en diversas regiones del mundo. Pero la política está reñida con el examen de conciencia, y la clara advertencia de Kissinger otorga a la cuestión de Rhodesia dimensión tal, que se consideran las diversas represalias que los Estados Unidos podrían ejercer contra Cuba de seguir ésta enredando en Africa. Pero Cuba es aliada de la URSS, cuya flota dista de ser aquella de 1962 que le impuso un humillante retroceso ante la amenaza norteamericana. Por cierto, aquel retroceso le evidenció que no podía tener una política a escala mundial sin una flota susceptible de apoyarla por doquier, lo que espoleó a la URSS para convertirse a marchas forzadas en la gran potencia naval que es actualmente. Ante las terribles perspectivas de represalias norteamericanas contra Cuba y eventuales contrarrepresalias soviéticas en defensa de Cuba, cabe confiar en que la mutua disuasión haga que la cuestión de Rhodesia no rebase los límites de un conflicto estrictamente africano.

Desde luego, de momento sería una excelente solución que Ian Smith y su gobierno se avinieran a aceptar el principio de una transmisión de poderes a la mayoría negra dentro del plazo señalado por el Consejo Nacional Africano, aunque ello supusiera un riesgo: un enfrentamiento entre las diversas facciones negras, a semejanza de lo sucedido en Angola. Porque la oposición negra a los blancos rhodesianos dista de constituir un bloque homogéneo. Su agrupación en el Consejo Nacional Africano sólo resulta posible merced precisamente a ese común denominador de la oposición a los blancos. Eliminado este aglutinante, reaparecerían las divisiones que abocan al enfrentamiento entre el ZANU (Unión Nacional Africana), del extremista pastor Shitole; el FROLIZI (Frente de Liberación del Zimbabwe), de James Chikene, y el ZAPU (Unión del Pueblo Africano), que no se sabe a ciencia cierta si lo dirige Joshua Nkomo o el obispo metodista Muzorewa, autoexiliado en Mozambique. Porque el Consejo Nacional Africano tiene de hecho dos presidentes: Nkomo, antiguo alumno de las Misiones y moderado, último interlocutor de Ian Smith, elegido en 1975 en Salisbury como presidente del Consejo, y Muzorewa, hostil, como el pastor Shitole, al diálogo con los blancos, elegido presidente del mismo Consejo en Lusaka. ¿Cuál es el partido más representativo del pueblo negro de Rhodesia o Zimbabwe? ¿El ZANU, el FROLIZI o el ZAPU, a su vez dividido?

COMENTARIOS AL ACONTECER DEL MUNDO

Son preguntas que suelen contestarse con un conflicto entre partidos o facciones, como en Angola, y que ponen en el disparadero de que la solución democrática propugnada para los negros de Rhodesia, lo mismo que en Angola, lleve al poder al grupo, facción o partido menos proclive a la democracia, carta que juega impertérrito el mundo occidental inasequible al escarmiento.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

